

ña, que llevaba mas de un año de residencia en Sevilla (si bien haciendo sus excursiones al Puerto de Santa Maria, Cádiz, Granada y Cazalla), determinó regresar á Madrid, donde habian quedado los consejos y tribunales, para estar mas á la mano del despacho de los negocios, que con fundamento se suponía habian de ser muchos y muy graves. Y el rey don Felipe que hacia muchos meses vivía en el alcázar de Sevilla tan retraido y aislado y en tanta abstraccion y apartamiento de los negocios públicos como hubiera podido vivir en su amado retiro de San Ildefonso, confiado el gobierno á la reina y á Patiño, pareció salir con aquellas novedades de un profundo letargo, y volvió á encargarse del gobierno y á enterarse menudamente de todos los asuntos pendientes, pasando de improviso de la indolencia y la apatía á una actividad extremada; cuyo cambio atribuyeron los ministros extranjeros al influjo eficaz de la reina, porque así convenía á sus miras, y parecía manejar como por un resorte mágico el corazón y aun las facultades intelectuales de su marido. Partió pues, la corte de Sevilla (16 de mayo, 1733), y trasladóse en junio al Real Sitio de Aranjuez (1).

Llegaban ya con frecuencia correos de Alemania, de Francia y de Inglaterra. El monarca inglés, el que mas trabajaba por el mantenimiento de la tranquilidad europea, no alcanzaba á dirimir las disidencias producidas por los opuestos intereses que habia despertado la muerte del rey de Polonia. Y hasta la reina de España, ciega de amor maternal, tuvo tentaciones de pretender aquella corona para su hijo don Carlos, pensamiento loco, de que acertó á disuadirla el ministro Patiño (2). Este hábil ministro la distrajo de aquel temerario proyecto, presentándole otro, que como mas asequible, habia de halagar mas todavía su amor de madre, á saber, el de aprovechar la distraccion de la corte y de las armas imperiales en la cuestion de Polonia, para emprender la recuperacion de los reinos de Nápoles y Sicilia, estableciendo en ellos al infante don Carlos, á cuyo fin se unirían las fuerzas de España con las de Francia, puesto que esta potencia lo solicitaba con ardor, lo cual convendría emprender luego que la Francia rompiera las hostilidades con el Imperio, y abandonara el emperador la Italia para atender con sus ejércitos al Rhin. No fué menester mas que el anuncio de un plan tan lisonjero á las inclinaciones y á los deseos de la reina, para que desde entonces no se pensara mas que en los medios de ponerle en ejecucion. Entendiéronse al efecto con el conde de Rotemburgh, embajador de Francia en Madrid, y con el marqués de Castelar, hermano de Patiño, que lo era de España en Paris. Como el plan era igualmente favorable á los intereses políticos de ambas potencias, no fué difícil concertar una alianza, en que se hizo entrar tambien al rey de Cerdeña (3), estableciendo por bases: que España invadiría los reinos de Nápoles y Sicilia; que efectuada su conquista, uniría sus fuerzas á las de Francia y Cerdeña para lanzar de Italia á los alemanes, mientras los franceses llamarían su atención en el Rhin; que el rey de Francia no pretendía conservar para sí parte alguna de las conquistas que se hiciesen, sino que Nápoles y Sicilia quedarían incorporados por siempre á España, y el ducado de Milan á Cerdeña (4).

(1) Campo-Raso, Memorias políticas y militares, Continuacion de los Comentarios de San Felipe, tomo IV.—Correspondencia del embajador inglés Keene.—Gacetas de Madrid de 1733.

(2) Al decir de un bien informado escritor, llegó Isabel á enviar poderes y amplias instrucciones al efecto al P. Araceli, religioso teatino.

(3) Carlos Manuel, que habia subido al trono en 1730 por abdicacion de su padre Víctor Amadeo. Este monarca se arrepiñtó luego de su abdicacion, y pretendió, en union con la condesa de San Sebastian, su esposa, recuperar la corona á costa de inquietar el reino; el hijo hizo todo lo posible por disuadirle de su propósito, pero inútilmente. Por último, al ver su tenacidad, y no habiendo otro medio de evitar una guerra civil, todos los consejeros y magnates del reino convinieron en la necesidad de apoderarse de su persona y encerrarle en una prision. Con mucho dolor ejecutó Carlos Manuel este acuerdo del reino, pero era indispensable cumplirle. Víctor Amadeo murió en Ripoli, y la condesa su esposa fué despues de la muerte de su marido trasladada á un convento.

(4) «Este, dice un escritor, fué el último acto político del marqués de Castelar.» Y en efecto, á poco tiempo de este ajuste murió en Paris (19 de octubre, 1733).

Informó el conde de Montijo al rey Jorge de Inglaterra de esta estipulacion, que era como el preludio de una declaracion de guerra. Pero las potencias marítimas, Inglaterra y Holanda, poco ó nada interesadas en la eleccion del rey de Polonia, condujéronse con una moderacion que no estorbó los planes de las potencias de la triple alianza; y Holanda, á trueque de que en la guerra no se molestara á los Países Bajos austriacos, llegó á convenir en un tratado de neutralidad con Francia (24 de noviembre, 1733).

Entre tanto ardía la Polonia en discordias y partidos para la eleccion de rey: invadía un ejército ruso, so pretexto de proteger la libertad de las votaciones: la Dieta de Varsovia y cada uno de los electores declaraban traidores á la patria á los que habian llamado á ella tropas extranjeras, y mandaban confiscar sus bienes y arrasar sus casas (4 de diciembre): el embajador de Francia presentaba á nombre del rey su amo una declaracion prometiendo á la república mantener el pleno goce de su libertad en la eleccion de su rey; y que si la noble nacion polaca convenia en elegir á Estanislao, se comprometía el rey Cristianísimo á defenderla contra todas las potencias, y á pagar puntualmente durante dos años sus contribuciones: los del partido francés apresuraron la eleccion, y el 12 de setiembre fué proclamado rey de Polonia y gran duque de Lithuania Estanislao Leszczynski; pero retirados los del partido contrario, en número de tres mil caballos, publicaron un manifiesto contra esta eleccion (5): y mas adelante (5 de octubre), protegidos por los rusos, en un campo cerrado, eligieron y proclamaron rey á Augusto III. Nació de aquí todo género de desgracias para la infortunada Polonia. Entraron tropas rusas y sajonas á sostener á Augusto. Retiróse Estanislao á Dantzick, cuya plaza puso en buen estado de defensa, y se levantaron regimientos que talaban é incendiaban el país. Así acabó para la infeliz Polonia el año 1733.

Comenzó entonces la guerra europea. Francia envió un ejército al Rhin á las órdenes del duque de Berwick. Otro ejército francés de cuarenta mil hombres, al mando del mariscal de Villars, marchó á los Alpes, á unirse al del rey de Cerdeña, que constaba de diez y ocho á veinte mil hombres: el rey Carlos Manuel se puso á su cabeza, y España daba para esto un subsidio de cien mil doblones. El ejército franco-sardo hizo en Italia en el corto espacio de dos meses admirables conquistas, raras en la historia, y que las musas italianas y francesas celebraron y cantaron á porfía. España apresuró su expedicion con arreglo al tratado de alianza firmado en el Escorial á 25 de octubre (1733). Nombróse capitán general de ella al conde de Montemar, conquistador de Oran. A mediados de noviembre el conde de Clavijo se hacia á la vela desde Barcelona para Liorna con diez y seis navíos de línea y varias fragatas. El de Montemar se embarcó en Antibes con veinticinco escuadrones de caballería. La reunion se habia de hacer en Siena, ciudad de Toscana. Felipe V nombró generalísimo de la expedicion al infante don Carlos, el cual, como hubiese entrado en los diez y ocho años de su edad, se declaró fuera de tutela, ordenó que en lo sucesivo los duques de Parma y Plasencia serían tenidos por mayores de edad á los catorce años (diciembre, 1733), y se dió la regencia del Estado durante la ausencia del infante á la duquesa viuda Dorothea. De este modo sacudió don Carlos las trabas de las leyes imperiales y de los estatutos del cuerpo germánico.

A vista de estos grandes sucesos no dejó de entrar en inquietud el rey de Inglaterra, hallándose sumamente embara-

(5) Hacia tres dias que Estanislao se hallaba oculto en Varsovia en casa del embajador de Francia. Había ido por tierra, acompañado del caballero Daudelot, disfrazados ambos de mercaderes. Para darle seguridad en su aventurero viaje, el rey Cristianísimo su yerno hizo publicar que el rey Estanislao iba á Polonia en la escuadra de Brest, y para sostener el engaño se dispuso embarcar en ella al comendador de Thiange, que era muy parecido á aquel príncipe y de su misma edad, y pusieronle los mismos vestidos é insignias que aquel usaba, y se le hacían dar á bordo los mismos honores que si fuese el rey Estanislao, sin que supiese nadie el secreto sino el marqués de Lucerne y el caballero Luines. Y en tanto que se ejecutaba esta farsa, el verdadero Estanislao hacia con seguridad su viaje á Varsovia.

zado entre el emperador que le pedia su cooperacion en virtud de los tratados, y el de Francia que le instaba por la neutralidad. Holanda habia tomado ya este partido: tuvo pues por prudente Inglaterra disimular, y limitarse á armar y aumentar sus escuadras para estar prevenida á lo que ocurrir pudiese, en lo cual no dejó de hacer un servicio al emperador, porque recelosa la Francia de sus armamentos no se atrevió á enviar socorros á Polonia, y no influyó esto poco en que se rindiera Dantzick, y triunfara la causa de Augusto III. La Dieta de Ratisbona hizo que el cuerpo germánico tomara como suya la causa del Imperio, y un ejército de cincuenta mil hombres al mando del antiguo general Mercy se encaminó á Mantua. Por el contrario, el pontífice, como que habia reconocido á Estanislao por rey de Polonia, dió su consentimiento á las tropas españolas para que transitaran por los Estados de la Iglesia.

Con este consentimiento, y cuando la guerra ardía ya entre franceses, saboyanos y alemanes, partió de Toscana el infante duque don Carlos (24 de febrero, 1735) á la conquista de Nápoles. Roma proporcionaba á nuestras tropas toda clase de comodidades y de auxilios, sabido lo cual en la corte de Viena, escribió el emperador una carta de quejas á Clemente XII, en la cual le decía, entre otras cosas, que establecido un rey español en Nápoles, pronto se verían reducidos él y sus sucesores á ser como sus primeros capellanes, y les causarían los mismos sinsabores que los reyes de Anjou y los de Aragon (1). Esperábase en Roma á don Carlos, mas habiendo ocurrido dificultades para el ceremonial con que se le habia de recibir, detúvose aguardando otro refuerzo de tropas en Monte-Rotondo, donde publicó una proclama á los napolitanos (11 de marzo, 1734), manifestando que iba á librarlos del tiránico yugo del Austria, y ofreciendo conservarles todos sus privilegios, leyes y costumbres, así civiles como criminales y eclesiásticas (2). Hecho esto, pasaron los españoles al día siguiente.

(1) Consérvase esta carta original en el archivo del castillo de Sant Angelo.

(2) «Don Carlos por la gracia de Dios infante de España, duque de Parma, Plasencia, Castro, etc. Gran príncipe hereditario de Toscana, y generalísimo del ejército de S. M. Católica en Italia.—El rey mi augusto padre en carta de 27 de febrero próximo pasado me comunica lo siguiente: «Mi muy amado hijo: Vuestros intereses inseparables de la dignidad de mi corona me han determinado á enviar tropas á Lombardia para seguir de concierto con los ejércitos de mis aliados la empresa á que están destinados. Con la ocasion de la presente guerra han penetrado mis oídos los clamores de los pueblos de Nápoles y de Sicilia, violentados, oprimidos y tiranizados por el gobierno alemán, y me han traído á la memoria las demostraciones de alegría y las unánimes aclamaciones con que en otro tiempo me recibieron en Nápoles, y admitieron mis armas en Sicilia. Excitado por tanto de una compasion tan natural, he preferido á cualquier otra empresa la de librar de males tan insoportables á estos pueblos oprimidos, con tanta mas razon, cuanto considero que seducidos de engañosas insinuaciones, ó de quiméricas esperanzas, ó del temor de amenazas violentas, se han visto forzados á disimular su natural inclinacion, sujetándose á una obediencia contraria á su fidelidad. Persuadido de esto, he mirado siempre como actos forzados é involuntarios lo que han hecho, y todo lo he olvidado: en cuya atencion he resuelto enviáros en calidad de generalísimo de mis ejércitos para recobrar estos reinos, sin embargo del riesgo que puede correr vuestra preciosa salud en tan largo viaje, á fin de que por vos mismo podáis confirmar en mi nombre la amnistía y perdon general que mi paternal corazón ofrece á todos, de cualquier estado y condicion que sean, y dar á todos al mismo tiempo las mas solemnes pruebas de seguridad. Confirmareis y ampliareis sus privilegios, y los aligerareis además de toda especie de imposiciones, y en particular de aquellas inventadas por la insaciable codicia del gobierno alemán. Todo esto á fin de que el mundo quede convencido de que mi justo y único designio es el de restablecer el antiguo esplendor de estos dos famosos reinos; y para que el contenido de esta sea notorio á todos, os mando que lo hagais público y manifiesto del modo que tengais por mas conveniente; y Dios conserve vuestra vida, mi amado hijo, dilatados años.—YO EL REY.—Don José Patiño.»

«En virtud del poder que S. M. ha tenido á bien conferirme, y á fin de que los dichos súbditos de Nápoles y de Sicilia tan amados de mi padre, y á quienes siempre ha tenido S. M. tan presentes, sepan cuál es su intencion y propósito, declaro y aseguro á cada uno en su real nombre, que les concedo un perdon general y particular de cualquier especie de delito, motivo ó demostracion, etc., sin restriccion alguna, quedando todo sepultado para siempre en el olvido, y confirmo todos sus privilegios, leyes

te (15 de marzo) el Tiber por las inmediaciones de Roma, y en tanto que la escuadra del conde de Clavijo se apoderaba de las islas de Isehía y Prócida, don Carlos con su ejército penetraba en el reino de Nápoles por San German. Escasa resistencia era la que podia oponer el general austriaco Traun con cuatro mil quinientos hombres á un ejército de cuarenta mil, que á esta cifra ascendía ya, con los refuerzos que habian ido llegando, el de los españoles. Cuanto mas que no pudiendo el virey Visconti reprimir ni contener el alborozo del pueblo napolitano al divisar la escuadra española, recogiendo cuanto pudo del palacio y de las arcas públicas, tuvo por prudente retirarse con los principales ministros á la provincia de Bari.

No habiendo llegado al general austriaco los veinte mil hombres de socorro que esperaba de Alemania, abandonó sus posiciones, retirándose entre Gaeta y Capua, con lo que el infante español avanzó sin obstáculo hasta Aversa (12 de abril, 1734), donde llegaron diputados de Nápoles á ofrecerle las llaves de aquella ciudad y á rendirle homenaje á nombre de todos los ciudadanos. En su virtud entró el conde de Montemar en Nápoles (13 de abril) con una parte del ejército, é inmediatamente hizo sitiar los castillos que aun sostenían los austriacos. El conde de Charny los fué rindiendo uno tras otro con diferencia de dias, y sojuzgados todos, y nombrado virey de Nápoles, hizo el infante don Carlos de España su entrada en aquella capital (10 de mayo, 1734), en medio del regocijo y de las aclamaciones del pueblo; formó su ministerio, y tomó las riendas del gobierno á nombre de Felipe V rey de Nápoles (3).

A los pocos dias, y cuando todavía el pueblo napolitano, de suyo dado á novedades, y siempre mas afecto á los españoles que á los austriacos, cuya dominacion no dejó nunca de serles odiosa, celebraba con regocijo la entrada del príncipe español, llegó el acta de cesion de Felipe V (22 de abril de 1734), por la cual trasmitía al infante don Carlos su segundo hijo todos los derechos que España pudiera tener al reino de las Dos Sicilias. Creció con esto el júbilo de los napolitanos, que llenos de gozo se felicitaban de tener un rey propio, despues de cerca de doscientos treinta años que estaba reducido á ser una provincia, mandada por vireyes, que, como dice un escritor italiano de aquel tiempo, «se mudaban á menudo, y amaban mas sus propios intereses que los de una nacion cuya lengua apenas entendían, y que era forastera para ellos.» Veintiséte años hacia que Nápoles habia dejado de pertenecer á España.

Entre tanto habia reunido el virey Visconti en Bari siete mil alemanes, y esperábase que se les unieran otros seis mil croatas. Fortificáronse aquellos en Bitonto. Resuelto á acometerlos se encaminó el conde de Montemar con quince batallones; sin aprovecharse de su situacion los enemigos se dejaron atacar, é hicieronlo aquel dia con tan admirable ardor los españoles, que nada pudo resistir á su impetu: la victoria fué tan completa (25 de mayo), que no hubo enemigo que pudiera escapar de la prision ó de la muerte, incluso los dos generales Pignatelli y Radotzki, que quedaron prisioneros, apoderándose tambien los vencedores de todas sus banderas, caballos, vituallas y municiones. El virey Visconti tuvo la fortuna de poder salvarse, retirándose á Pescara, donde no se contempló bastante seguro, y se refugió á Ancona (1.º de junio). Este memorable triunfo valió al conde de Montemar la grandeza

y costumbres, tanto civiles como criminales y eclesiásticas, sin que sea lícito establecer ningún nuevo tribunal: declaro tambien por justa y laudable la práctica de conferir los beneficios y las pensiones á los naturales, y así se conservará como hasta el presente. Se levantarán todos los impuestos establecidos por el tiránico gobierno de los alemanes, advirtiendo que todas estas gracias se conceden por un efecto del benigno y piadoso corazón de S. M.; y para que sea notorio todo cuanto se promete he mandado que el presente real decreto se selle con mi real sello, etc.—Dado en Monte-Rotondo el dia 14 de marzo de 1734.—CARLOS.—José Joaquín de Monte-alegre.»

(3) Ojeada sobre los destinos de los Estados italianos; Botta. Storia d'Italia.—Muratori, De las cosas de Italia.—Beccatini, Vida de Carlos III.—Campo-Raso, Memorias políticas y militares.—Historia de la Casa de Austria.—Gacetas de Madrid de 1734.

de España con el título de duque, y lo que era mas de apreciar para él, la gloria y reputación de gran capitán que ganó con victoria tan completa y decisiva. Y tan definitiva fué, que todas las demás plazas del reino guarnecidas por alemanes se fueron sucesivamente rindiendo. La de Gaeta fué asediada y tomada por el mismo Carlos. El general austriaco Traun, testigo de las conquistas y de los progresos de los españoles, se había refugiado en Capua, pero habiéndose rendido esta ciudad por capitulación (22 de octubre, 1734), y quedado él mismo prisionero, fué transportado con toda su gente á Manfredonia, donde se embarcó para Trieste. La rendición de Capua puso el sello á la conquista de Nápoles, y aseguró á don Carlos la posesión de aquel reino (1).

Tan pronto como se conceptuó asegurada la recuperación de Nápoles, pensóse en la de Sicilia, la cual ofrecía todas las probabilidades de que no había de ser ni costosa ni larga, porque los mismos naturales, nunca resignados con la dominación austriaca, habían enviado diputados á don Carlos instándole á que aprovechase la ocasión de recobrar la isla y libertarla del yugo alemán. Habíase recibido de España millón y medio de pesos: y con esto, y con no ser ya necesarias tantas tropas en Nápoles, pues solo restaba entonces acabar de someter á Capua que estaba bloqueada, partió de aquel puerto la expedición (21 de agosto, 1734), compuesta de cinco navíos de guerra, cinco galeras, dos balandras y trescientas tartanas, con diez y ocho mil infantes y dos mil caballos, al mando del duque de Montemar. El 25 tomó este general tierra en Solanto, donde fué á presentarse al senado de Palermo, y le prestó homenaje de fidelidad y le acompañó en su entrada en la capital de la isla (1.º de setiembre). Tan favorable se mostró el espíritu de los sicilianos á los españoles, que no se necesitó mas tiempo para apoderarse del reino que el que sería necesario para recorrerle. A fines de noviembre solo quedaban á los imperiales la ciudadela de Messina y las plazas de Trápani y Siracusa, situadas á los extremos de la isla. Calculó el de Montemar que sin necesidad de sitio, y con solo tenerlas bloqueadas, no tardarian en rendirse, y así sucedió: de modo que en muy corto espacio de tiempo no quedó en toda la Sicilia ni un solo alemán. Y no contemplándose ya necesaria la presencia de Montemar en ella, en virtud de órdenes que recibió de España se restituyó á Nápoles, donde habían de acordarse las medidas y disposiciones para que pasase con veinticinco mil hombres á Lombardia á unirse con el ejército sardo francés y ayudarle á sostener allí la campaña.

En tanto que con esta facilidad recobraban los españoles para el rey Católico sus antiguos dominios de las Dos Sicilias, ardía una guerra viva y sangrienta en Lombardia, en el Rhin y en Polonia, sostenida por ejércitos poderosos, polacos y rusos, imperiales, franceses y sardos, mandados estos últimos por el rey de Cerdeña en persona, los otros por los mejores y mas veteranos generales de cada Estado; guerra en cuyos pormenores no nos pertenece entrar (2). Fueron en ella famosos los dos sitios de Philisburg y de Dantzick, y las dos sangrientas batallas de Parma y de Guastalla. En estas perecieron multitud de bravos generales y de muy ilustres guerreros, así alemanes como saboyardos y franceses; entre ellos el esclarecido duque de Berwick, que tan señalados servicios había

(1) Memorias políticas y militares, tomo IV.—Beccatini, Vida de don Carlos, lib. I.—Ojeada sobre los destinos de los Estados italianos.

(2) Los sucesos de aquellas ruidosas guerras pueden verse en las historias de Italia, de Alemania y de la Casa de Austria, en las Gacetas de aquellos años y en muchas Memorias y relaciones particulares que se publicaron de los principales sitios y batallas. De entre los escritores españoles parécenos que ninguno las trata con mas extensión y con mas orden que don José del Campo-Raso en sus Memorias políticas y militares para servir de continuación á los Comentarios del marqués de San Felipe.

Sin embargo, respecto á la campaña de los españoles en Italia, da tambien muy curiosas y circunstanciadas noticias un manuscrito contemporáneo que se conserva y cuyo título es: «Marcha que hizo el ejército de Su Majestad Católica, y funciones en que se ha hallado en las provincias de Italia bajo el mando y orden de S. A. R. don Carlos de Borbon, generalísimo en los reinos de Nápoles, y prudencia del Excmo. señor duque de Montemar, en los años de 1733 hasta principios del de 1737.»

hecho en España en las guerras de sucesión, el vencedor de la batalla de Villaviciosa, que afirmó la corona de Castilla en las sienes de Felipe V: pero en aquellas batallas la pérdida había sido casi igual, y no decidieron nada, como que las celebraron á un tiempo en Viena, en Turin, en Paris y en Madrid. El sitio y toma de Philisburg por los franceses causó una sensación general de admiración en toda Europa, y paralizó las operaciones, mirándose los enemigos con tal respeto que ni unos ni otros se atrevían á llegar á las manos. El de Dantzick dió por resultado el perder segunda vez la corona de Polonia el rey Estanislao, suegro y protegido del rey de Francia, y hacerla pasar á las sienes del Elector de Sajonia, pariente y protegido del emperador, reduciéndose con este motivo á su obediencia la mayor parte de los grandes de Polonia, y reconociéndole por rey legítimo con el nombre de Augusto III.

Veían ya con disgusto las potencias marítimas los progresos y desastres de esta guerra, temían sus consecuencias, recelaban del demasiado engrandecimiento de la casa de Borbon, deseaban mantener el equilibrio europeo, y satisfacer por una parte al emperador que se quejaba de que permitieran arrebatarse los Estados de Italia que en otro tiempo le habían ayudado á adquirir, y por otra parte reparar el honor de la Francia ofendido en la persona del rey Estanislao. Por eso Jorge II de Inglaterra había indicado ya á las potencias beligerantes la necesidad de la paz, de que se ofrecía á ser mediador, lo cual motivó secretas y frecuentes conferencias en Madrid, Paris y Turin. Pero España proseguía su marcha, y Felipe V ordenó á su hijo Carlos que pasara inmediatamente á Sicilia á hacerse reconocer y jurar de sus nuevos vasallos, como así se verificó (enero, 1735). Y rendidas que fueron las tres únicas plazas que faltaban, pasó á Palermo, donde se coronó con toda pompa y magnificencia (3 de julio, 1735). El duque de Montemar, que había ido con sus veinticinco mil españoles á invernar á Toscana, uniéndose en la primavera con los aliados para acabar de arrojar de Italia á los imperiales. El ejército de los aliados en esta campaña no bajaría de ciento treinta mil hombres; mucho menor era el de los imperiales, y aunque le mandaba un general tan entendido, activo y diestro como Königseg, no le fué posible resistir á fuerzas tan numerosas, ni mantenerse en Lombardia, y tuvo que pasar el Adige y retirarse á los confines del Tiro, quedando así desembarazados los aliados para poner sitio á Mantua y la Mirandola. El bloqueo de Mantua (julio, 1734) costaba á España inmensos dispendios, y Montemar se quejaba de la lentitud de los aliados en apretar el sitio. Suscitáronse discordias entre los generales de las tres naciones, y veíase claramente que no entraba en las miras del rey de Cerdeña que aquella gran plaza, que se consideraba como la llave de Italia, perteneciera al monarca español, ya demasiado poderoso. Francia presentaba tambien obstáculos, porque su plan era ya obligar á España á entrar en los tratos de paz; y así, aunque se hablaba mucho del ataque de Mantua, no llegaba nunca el caso de realizarle.

Las dos potencias marítimas, Inglaterra y Holanda, sin dejar de instar á los príncipes beligerantes á que aceptaran su mediación para la paz, se prepararon con grandes armamentos á hacer respetar su proposición, y aun tomaron una actitud y un lenguaje amenazador, para el caso de no admitirla, tal como de atacar unidas los establecimientos españoles y franceses de las dos Indias, lo cual no dejó de imponer y amedrentar al circunspecto y prudente cardenal Fleury. Y como este anciano ministro prefiriera dejar una memoria honrosa de su ministerio con alguna nueva adquisición para la Francia á exponer la nación á nuevos riesgos por mar con dos potencias poderosas, pensó en las ventajas que podría sacar de la paz, á cuyo efecto entabló negociaciones secretas y privadas con la corte de Viena, haciendo su agente íntimo La Baume lo que en otro tiempo había hecho el baron de Riperdá. El resultado de estos tratos, en que no tuvo participación otra potencia alguna, fué el ajuste de unos preliminares (3 de octubre, 1735), en que se acordaron los puntos siguientes: 1.º El rey Estanislao renunciaria al trono de Polonia, conservando el título de rey; poseería durante su vida el ducado de

Lorena, el cual á su muerte se incorporaría definitivamente á la corona de Francia: 2.º Para indemnizar á los futuros duques de Lorena se les daría como compensación la Toscana despues de la muerte del gran duque Juan Gaston, y para seguridad de esta sucesión evacuarían las plazas de Toscana los españoles, y entrarían á guarnecerlas seis mil imperiales: 3.º El emperador renunciaria los reinos de Nápoles y Sicilia á favor del infante español don Carlos, renunciando este á su vez sus pretensiones á Toscana, Parma y Plasencia: 4.º Los ducados de Parma y Plasencia se cederían al emperador para reunirlos con el de Milan con la obligación de no pretender jamás del papa la desmembración de Castro y Roucillon: 5.º Se dejarían al rey de Cerdeña los dos distritos del Tesino, y los feudos de la Longha y el de Novares y Tortones (1).

Cuando el duque de Noailles, general de las tropas francesas en Lombardia, anunció al de Montemar el convenio hecho entre su soberano y el César, y que no podía auxiliarse contra los alemanes, por mas que el general español se mostró sereno y firme, negándose á admitir la tregua que le proponía mientras no recibiese órdenes terminantes del rey su amo, harto conoció que la escena había cambiado enteramente, y que no era posible sostenerse solo en aquel país contra todas las fuerzas del Imperio. Resolvióse, pues, á repasar el Pó, y se retiró á Bolonia, donde todavía le alcanzó un destacamento de húsares alemanes, y se vió forzado á acelerar su marcha á Toscana.

Excusado es decir con cuánto dolor y cuánta indignación recibiría la reina Isabel Farnesio de España la noticia de un convenio que la humillaba hasta obligarla á hacer el mayor de todos los sacrificios, el de la cesión de la herencia paterna, precisamente cuando se lisonjeara con la idea de colocar en aquellos Estados á su segundo hijo Felipe, una vez establecido Carlos en Nápoles y Sicilia (2). Tambien el rey vió con harto pesar la falta de confianza de Luis XV su sobrino, en haber efectuado el convenio sin participación de la España; y el ministro Patiño no podía dejar de resentirse del papel desairado que en este negocio hacia. Repugnaban por tanto acceder á los preliminares de Viena, y pusieron todo género de reparos y dificultades al curso de la negociación. Dirigieronse á las potencias marítimas y á Francia como á las responsables de un tratado que tanto lastimaba el orgullo español y el amor propio de los reyes. Y aunque pudieron convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos, porque Inglaterra insistía en la evacuación de Toscana, y Francia rehúsaba intervenir como mediadora en un negocio que ella misma había de propósito arreglado, todavía tuvieron intenciones y estuvieron á punto de romper otra vez las hostilidades, aunque se quedaron solos.

No eran solamente los monarcas españoles los que sentían las reparticiones de aquel ajuste, que como observa un historiador italiano, traía á la memoria la medalla de Trajano con el lema: *Regna assignata*. Sentíanlo no menos que ellos los naturales de Parma, Plasencia y Toscana, que con tanto gusto habían recibido al príncipe Carlos, y generalmente eran tan afectos á los españoles como aborrecían á los alemanes, ya por la mayor analogía y conformidad de sus costumbres y aun de su idioma con las de aquellos, ya por el temor que les inspiraba el duro gobierno de los austriacos, ya porque bajo el dominio del duque de Lorena esperaban ver reducidos sus Estados á una provincia del Imperio, sin leyes, tribunales ni magistrados propios. Era, pues, general el dolor de perder al príncipe Carlos, muy querido de los parmesanos, no obstante el poco tiempo que había vivido entre ellos.

Pero su suerte estaba decidida. Abandonado Felipe V por los aliados, especialmente por la Francia; amenazadas las costas de sus dominios por una escuadra inglesa, tuvo al fin que acceder, aunque con pesar y repugnancia, á los preliminares de Viena (18 de mayo, 1736). En su virtud el emperador Carlos VI de Alemania envió el acta de cesión de los reinos

(1) Historia de la Casa de Austria.—Rousset, Colec. de actas y documentos oficiales.—Beccatini, Vida de Carlos III, lib. I.

(2) El embajador inglés Keene en carta al duque de Newcastle (21 de noviembre, 1735) da algunos pormenores del modo como manifestó su disgusto la reina.

de Nápoles y Sicilia en favor de Carlos de Borbon, y á su vez Felipe V y su hijo Carlos expidieron la del ducado de Parma y Plasencia en favor del César, y la del gran ducado de Toscana en beneficio de la casa de Lorena, cuyos instrumentos se canjearon en Pontremoli en la Lugnina Florentina (diciembre, 1736). A consecuencia de este arreglo el ilustre vencedor de Bitonto abandonó el país en que había recogido tantos laureles, y regresó á Madrid por Génova; y al paso que las tropas españolas evacuaban las plazas de Toscana iban ocupándolas los austriacos. A pesar de esto, todavía el infante don Carlos continuó por muchos años reclamando sus derechos á los bienes alodiales de la casa de Médicis y haciendo protestas en Viena y en Florencia.

Para obtener el reconocimiento del papa como rey legítimo de las Dos Sicilias mandó al ministro de España en Roma que presentara en su nombre al Santo Padre la hacanea y el tributo de siete mil escudos que los soberanos de Sicilia acostumbaban á pagarle todos los años el día de San Pedro en testimonio del feudo y de la investidura pontificia. Pero al mismo tiempo hizo presentar el emperador de Austria el propio tributo. Este negocio de las dos presentaciones no dejaba de poner en harto grave compromiso al papa Clemente XII, el cual para evadirle nombró una junta de ocho cardenales que le aconsejara lo que debería hacer. La junta opinó que mientras don Carlos no estuviese universalmente reconocido, debería S. S. seguir admitiendo el tributo del César. Protestó altamente el embajador de España contra este proceder de Roma, y mucho se temió ya que los reyes de España y de Nápoles tomaran de aquí ocasión para abolir la cerimonia de la hacanea, ó lo que era igual, para declarar el reino de las Dos Sicilias totalmente independiente de la Santa Sede. Sin embargo redujose á seguir las protestas por una parte, y la indecision de la corte romana por otra (3).

CAPÍTULO XX

Guerra marítima entre Inglaterra y España

DE 1736 A 1741

Nuevas disidencias entre España y Roma.—Sus causas.—Salida de embajadores y de nuncios de ambas cortes.—Término de estas discordias.—Muerte del ministro español Patiño.—Sus excelentes prendas.—Grandes beneficios que debió España á su administracion.—Cómo y entre quiénes se distribuyeron sus ministerios.—Muerte del gran duque de Toscana y sucesión del de Lorena.—Cuestiones mercantiles entre Inglaterra y España.—Espíritu de ambos gobiernos y de ambos pueblos.—El de las Cámaras de Inglaterra.—Negociaciones.—Convención del Pardo.—Ofenden á Felipe V las peticiones del parlamento británico.—Mutuas exigencias rechazadas por ambas cortes.—Declaracion de guerra.—Escuadra inglesa en Gibraltar.—Presas que hacen los armadores españoles.—Lleva la Gran Bretaña la guerra á las posesiones españolas del Nuevo Mundo.—Grande escuadra del almirante Vernon.—Esperanzas de los ingleses.—Previsiones de los españoles.—El comodoro Anson.—Atacan los ingleses á Cartagena de Indias.—Retíranse derrotados.—Frústranse otras empresas contra la América española.—Ataca Vernon la isla de Cuba, y se retira en deplorable estado.—Tristeza, descontento é indignación en Inglaterra.—Pérdidas que sufrió en esta guerra la Gran Bretaña.

Habían ocurrido en este tiempo sucesos desagradables, que produjeron nuevas desavenencias y escisiones entre las cortes de España y Roma. El ejército español de Nápoles y Toscana había sufrido bajas considerables por las enfermedades, las deserciones y la guerra; para cubrir las fueron enviados varios oficiales á establecer banderas en algunas ciudades de los Estados pontificios con objeto de reclutar y alistar gente: pero hacían los enganches, no admitiendo á los que voluntariamente se presentaran, sino con amenazas y con violencias, y cometiendo todo género de desmanes, vejaciones

(3) Beccatini, Vida de Carlos III, lib. I.—Es lástima que no se hayan encontrado los cuadernos que sin duda escribió el autor de las Memorias políticas y militares correspondientes á los años 36 al 41 de este reinado, por mas diligencias que para ello se han practicado, según nota del editor. Hácese muy sensible este vacío en unas Memorias tan luminosas como las del Continuador del marqués de San Felipe.